



Retrato del zar de México

Carlo de Fornaro

El caricaturista de origen italiano nacido en Calcuta Carlo de Fornaro (1871-1949) vivió en México entre 1906 y 1908, lapso en el que trabajó para el periódico El Diario. La publicación en 1909 del virulento panfleto Díaz, Czar of Mexico, y su traducción al español, México tal cual es, donde exponía, con soltura y no poca saña, la corrupción del régimen porfiriano, le valió un periodo en la cárcel, que registró en la vívida crónica Un purgatorio moderno. En este fragmento del escrito que lo llevó a la ignominia, Fornaro retrata al presidente Díaz dos años antes de que estallara en su contra la revolución maderista.

¿QUÉ CLASE DE PERSONA ES PORFIRIO DÍAZ? La admiración oficial y el servilismo, la adulación y algunas veces el elogio bien intencionado, y, sobre todo, la ignorancia extranjera han contribuido a la formación de una asombrosa leyenda, a la creación de un mito sorprendente alrededor de este individuo, hasta el punto de que aparezca como iconoclasta todo aquel que intente hacer un análisis concienzudo de semejante personalidad.

Le han puesto la etiqueta del más grande de los estadistas modernos; más eminente que Bismarck; superior desde el punto de vista militar a Alejandro, César y Bonaparte; más trascendental que Washington y que Lincoln; más puro en su patriotismo que Mazzini o Garibaldi; diplomático más sutil que León XIII o que Talleyrand; tan divino como Cristo, Buda y Sri Krishna, y se lo ha llamado lo más grande que existe entre el Amazonas y los Andes (*sic*). En 1899 dos periodistas latinoamericanos tuvieron una discusión sobre qué despertaría más intensamente la atención pública, si la noticia de un gran descubrimiento científico, o un elogio de algún gran



hombre. Para hacer la prueba, uno de ellos publicó la nueva de un maravilloso descubrimiento relativo al cultivo de la caña de azúcar, y el otro publicó una entrevista con Tolstói, haciendo el panegírico de Porfirio Díaz. Ambas fueron ficciones cortadas de la misma pieza de paño. La primera pasó inadvertida, pero la segunda fue reproducida por todos los periódicos del país y fue citada en una obra sobre la vida de Porfirio Díaz como poderoso argumento para su continuación en el poder.

Para un hombre honrado, todas estas adulaciones promiscuas, mentidas y groseras son nauseabundas; para un hombre humorístico son idiotas; para una persona inteligente sólo prueban la pequeñez del calibre mental de Porfirio Díaz y de sus sicofantes.

Físicamente, este hombre providencial ha sido dotado por la naturaleza con una perfección casi sobrehumana, y ha cultivado ese don con una actividad laboriosa y persistente. Hasta la edad de 37 años peleó casi sin tregua, convirtiendo en acero sus músculos, fortaleciendo su constitución por medio de un método de vida vigoroso, sobrio y casto. Sus progenitores indios le dieron la pulpa, sus progenitores españoles la capacidad cerebral.

De mediana estatura, parece alto gracias a la excelente proporción de sus miembros. Los pies y las manos son grandes; su gesticulación es mesurada y calmada. La frente es baja, oblicua e inintelectual; los ojos como cuentas, penetrantes, algunas veces bondadosos

y festivos, siempre observadores y suspicaces. La nariz deformada por ser las ventanillas demasiado dilatadas en forma de arco, como las amplias de un caballo que resopla después de la carrera. La barba ancha, con poderosas mandíbulas macizas y articuladas como un molino de tortillas; las orejas grandes, afeadas por los largos lóbulos, característica de hombres y de razas destinados a la longevidad. El pelo y el bigote blancos; el cutis claro, salpicado de rojas manchas hécticas.

Compárese esta descripción con cualquiera de sus retratos de cuando tenía treinta y siete años, o de menos edad aún, y se verá que la transformación ha sido maravillosa, casi increíble. Las fotografías o daguerrotipos de esos tiempos lo presentan como un tipo común, brutal, casi criminal. Los mechones hirsutos de cabellos negros, el ralo y caído bigote, y la más rala perilla, y la piel morena lo hacían aparecer como una mezcla del “pelado” endomingado y del lacayo japonés. Merced al restregamiento, al estropajo, a los baños de regadera, al jabón y a la alimentación propia de la gente, se ha transformado de un grasiento *condottiere* en un completo zar blanco, algo así como el producto del cruzamiento de un Bismarck de frente estrecha y de un Crispi azteca.

Tenía un propósito de los más amplios y sacrificó todo a su avasalladora ambición, y, semejante a un nuevo Saturno, devoraba a los hijos de sus deseos tan pronto como nacían. Su salud, su energía, todo su tiempo fueron consagrados a ese único propósito. Cuanto



Dos inmortales: Díaz y la muerte. Fornaro publicó por primera vez esta caricatura el 29 de mayo de 1911 en *The Call*; luego la incluyó en *Mortals and Immortals*.



El final del camino, publicada en *The Masses* en abril de 1911. Al pie de la caricatura iba impresa la leyenda: "Luego de años de poder despótico ininterrumpido, Díaz encara la ruina y la desgracia".

para los demás hombres son atractivos, distracciones y divertimento fue hecho a un lado si no encajaba en el plan que se había trazado de antemano. Jugar, fumar, beber, las mujeres, el teatro, las bellas artes, los deportes, la lectura, fueron desechados para reconcentrar todas sus energías en el gran juego de la política y de su ambición personal, en el que con frecuencia la brillantez no resulta, mientras que la aplicación constante y la actitud alerta conducen al buen éxito.

En lo político un intruso, y en lo social un descasado, Porfirio Díaz ascendió lentamente por la escala, valiéndose de todos los medios concebibles. Su matrimonio con una hija de Romero Rubio, perteneciente a una de las mejores familias de México, le abrió el camino para su aceptación en la sociedad; colocó en su guardia personal, prácticamente como ayuda de cámara, al orgulloso millonario de sangre azul Pablo Escandón, y casó a su hija natural (de Díaz) con uno de los hombres más ricos del país. Este ex merodeador y bandido político, cuyo padre, según el dicho popular, fue un sacerdote, cuya madre fue una india mixteca, cuya hija natural introdujo cándidamente en la alta sociedad, cuyo yerno es un sodomita notorio, y cuyo conuño es un abogado alcohólico y un descarado cazador de gorrinas, ese hombre se ostenta ahora como árbitro de la aristocracia de México y decide quién es el primero entre los principales.

No cometió la torpeza de visitar oficialmente Europa y los Estados Unidos para ser objeto de los homenajes, la curiosidad y los juicios de los extranjeros, pues, como su esposa lo soltó en cierta ocasión en que se le hacía con insistencia la pregunta de "por qué no hacía Porfirio un viaje por Europa": "Porfirio tiene el temor de hacer mal papel", y volviendo en sí rápidamente añadió: "porque no habla ningún idioma extranjero".

Su vida privada durante los últimos treinta años ha sido inmaculada, y aunque se encuentra rodeado de todos los lujos, ha vivido con la sencillez de un ermitaño; abstinento como un árabe en lo que respecta a la comida y a la bebida; en un país en el que todos fuman, él forma la excepción de la regla; allí donde el alcoholismo es desenfrenado, él toma sólo agua; allí donde todo el mundo va a los toros, él se queda en su casa; no va al teatro sino cuando hay una función oficial; no caza sino rara vez; no juega nunca. Vida privada, higiene personal, trabajo asiduo, economía física e intelectual han sido reconcentrados por él para la prolongación del poder por medio de un cuerpo perfecto. ▀

Tomado de Carlo de Fornaro, *Díaz, zar de México*, edición de Antonio Saborit, México, Debolsillo, 2010, 398 + xvi pp.

Agradecemos a Random House Mondadori la autorización para publicar este fragmento y las caricaturas que lo ilustran.